

Noticiario de Ulyses

LUGARES DE LA TERNURA

A Eugenio García-Díaz, poeta de la Frontera, nacido en Carahue en 1930, quien vive todavía un activismo limítrofe con la juventud, lo hemos visto, desde hace innumerables años, en función del trabajo y de la poesía. Es un hombre movedizo, laborioso, con promisorio facha de saludable longevo, que ha trabajado en la oficina bancaria, en las interminables tareas de secretaría. A Eugenio García-Díaz no le amedrenta la maldición bíblica de "ganarás el pan con el sudor de tu frente". El poeta labora como respira y no es verosímil imaginarlo quieto, porque además, es un hombre sociable que alterna en el Grupo Fuego de la Poesía y en otras agrupaciones de escritores. Pero en medio de todo este derroche de comunicación y solidaridad humana, está la poesía que para Eugenio García-Díaz es una pasión animadora de su inteligencia y sus sentidos. Desde 1948, año en que publicó su primer libro, "Una ciudadela bajo la luna", hasta hoy, ha publicado más de 25 títulos, entre ellos, "Lugares de la ternura", bella edición de 10 poemas, bajo el sello "Ediciones La Posada de la Poesía" y dedicado "A los míos, con amor".

Poeta de elaborada vida hogareña, Eugenio García-Díaz se proyecta en su libro "Lugares de la ternura" en una perspectiva más amplia.

El sentimiento hay que buscarlo en las regiones evocadas, embellecidas por la emoción poética, como si leyera o recitara rememorando, con los ojos cerrados a toda proximidad. Una manera de sublimar la vida circundante sin descomponerla, sin dejarse alterar por la pasión, con cierto aplomo enamorado, pero tranquilo; nos atreveríamos a decir, impasible. Así sentimos su poema "En este largo país de nomeolvides", "Punta Arenas", "No he vuelto a Carahue" y aquel más subjetivo "Padre", donde el amor filial y la serena evocación de la muerte se mimetizan bajo los esmaltes poéticos, con elegancia formal y tono isócrono.

En nuestra juventud conocimos notables poetas apasionados a quienes llamábamos "maestros", que nos invitaban a leer algunos versos propios o ajenos y que al descubrir la emoción desgarradora, daban un aullido. El poeta Eugenio García-Díaz está situado en otro hemisferio de la poesía; su emoción cautelosa y controlada no sale de sus cauces, pero estos márgenes son amplios, inasibles, como la indudable ensoñación del poeta.

Restaría señalar con alegría ante este último libro de Eugenio García-Díaz que la vida cotidiana y los trabajos infatigables no han logrado acallar la voz del lírico, que el verbo metafórico, creador de continuos universos, todavía es capaz de diferenciarnos y de ligarnos con su lenguaje sugestivo y secreto.

FRANCISCA OSSANDÓN

La poetisa Francisca Ossandón ha sido editada en Venezuela, en México, en España y también en Santiago de Chile, con el sello "Viento en la Llama" y Grupo Fuego de la Poesía.

Inspiró un poema que lleva su nombre, a Juvencio Valle, algo que no es poco decir si se recuerda que nuestro Premio Nacional de Literatura no se prodiga, a pesar de su contenida emoción humana y fraternal.

Fuimos compañeros de colegio de dos de los hermanos de Francisca Ossandón y no éramos ciertamente muy amigos. Uno, Miguel, era excesivamente sabio, su nombre estaba unido al Cuadro de Honor y a todas las excelencias. Hoy es un médico de prestigio, lingüista y fecundo padre de familia. El otro, Pablo, con los años arquitecto, era armonioso y señorial. Yo fui siempre un demonio desafinado.

Mis recuerdos de colegio se confunden con los protocolos de la pobreza decorosa y con mi vestimenta, a menudo, estrafalaria. En esos tiempos todos debíamos vestir con cuello y corbata, con sombrero de paño en el invierno y de paja en el verano. Entre mis compañeros hacendados había unos que donaban la leche para el desayuno de los alumnos. Otro era dueño de un pedazo del cerro San Cristóbal y hasta hoy conserva su aplomo de patrón vitalicio. Pero la vida contiene sorpresas inesperadas.

La hija menor de la familia Ossandón, la poetisa Francisca, cuya única hermana, Teresa, es aspirante a santa, resultó ser con los años la mejor de las amigas. Un suceso que para hablar dentro de la simbología religiosa de Teresa constituye uno de los misterios gozosos que nos ha deparado la existencia. Tal vez ello se deba a que Francisca Ossandón está más allá de una

frontera familiar, que pertenece a la gente que habla el idioma de los escritores y poetas.

Y ahora cuando organizamos y volvemos a escribir un nuevo libro, sin otra finalidad que combatir el tedio, el peor óxido que traen consigo los años, aparece Francisca Ossandón en nuestra casa, con un tomo de versos en la mano, que ha titulado "Desatadas olas de mi mar" y que luce una portada marina con la playa guarecida de Zapallar, donde ella inició su infancia feliz, igual que sus hijos y nietos.

Porque esta mujercita menuda, tímida y nerviosa, tan aplomada y segura, gracias a las guías de su inteligencia, ha escrito un libro de abuela para sus nietas y nietos y también para su hija. La abuela no da en sus versos normas de sabio vivir, ni consejos ni experiencias, tampoco está inmóvil como un ícono esperando a sus visitantes. Es una abuela que sabe reír con toda su risa y que se limita a mostrar su ternura desbordada y su asombro.

El tiempo pasa rápido. El niño de piernas flacas y cara compungida que aparece en una fotografía de otros años, de repente se convierte en padre laborioso de un niño gordo y bien criado. Los nietos crecerán y algún día leerán los versos de esta abuela juvenil y voladora y aunque se encuentren abstraídos por la sistemática o la cibernética, sentirán algo dentro de sí, en la proximidad del corazón. El recuerdo o la esperanza de un mundo hermoso, que no está encuadrado ni medido, sin cautela ni sospecha, asentado en la imprevisión generosa del poeta.

INES MORENO, INTERPRETE DE SU ESTROFA

La recordamos muchacha, hace ya algunos años, antes de que triunfara el Frente Popular en Chile. Inés Moreno que decía el verso sin cantarlo, sin amaneramiento escolar, dio un recital de poetas chilenos, en su mayoría jóvenes, en el Teatro Municipal de Santiago. De nosotros escogió "Romances de la niña ausente", publicado en nuestro primer libro "Islas de Música". Era, como ahora, alta y hermosa, de ademanes tranquilos, de voz dulce, amparadora. Después la seguimos de actriz y el archivo de la memoria nos señala con caracteres refulgentes, "La doncella de Lorena" de Maxwell Anderson, donde ella cumple el rol protagónico. Una Juana de Arco plena y firme, que hablaba con toda su boca, que se defendía de la soldadesca y de las más viles intrigas y moría inmolada en la hoguera como deben morir los santos. Esta obra fue representada por el Teatro de Ensayo de la Universidad Católica y la comentamos en nuestra crónica teatral de "Las Últimas Noticias", con justos elogios para la protagonista. Y así sin vernos a

menudo, sin hablar sostenidamente nunca, llegamos a 1965, cuando escribe su libro de poemas "Tu mano en mi mano" que tuvimos el privilegio de conocer en su departamento de Vitacura, en una tarde de frío trópico, con algo de ensoñación. El libro se publica y los versos son recitados por su autora en la Sala Alborada de la calle Teatinos de Santiago. Se ha producido la conjunción de la intérprete con la poetisa, de la habitante de la casa de la poesía que sale a recibir con sus propias palabras a quienes desean oírla.

A este libro sucede "Al umbral de la luz" en 1977, con un prólogo de Juvencio Valle y una segunda edición en Montreal, Canadá, en 1980. En su prólogo Juvencio dice: "Ahora, alta, hierática, de pie sobre la tierra, contra el horizonte, "Al umbral de la luz". No en el corazón del fuego, al principio de la hoguera solamente. Para mirar hacia el todo, a la distancia, con perspectiva universal". Inés Moreno, afirma al final el gran poeta, nació dentro de la poesía. Esa es su casa y vaya en el tren que vaya, arribará siempre en ésa su mansión: la poesía".

Como puede apreciarse, todo está dicho y muy bien dicho. Y de esta suerte, fuimos invitados para el lanzamiento de este "Ay, este azul..." su último libro de poemas fechado en 1984. ¿Por qué "lanzamiento" como si se tratara de una piedra o de un vehículo espacial? La poesía siempre nos ha parecido un universo, un nuevo metal y a veces es imperativo viajar a la luna, en busca de nuevos metales. La poesía de este reciente libro de Inés Moreno va en ascenso de lo cotidiano, no por ello indigno de ser poetizado, al límite apopéyico donde las palabras se hacen angostas para el fragor que contienen. Pero todas las palabras no son más que un símbolo aproximado. Este libro que ahora "lanzamos", aceptemos el verbo de actualidad, nos ha satisfecho más que los anteriores. Es un poemario de plenitud, de madurez, la autora lanza menos flechas para dar en el blanco y no es una poetisa de invernadero, es una ciudadana que siente su país y lo expresa con la palabra más diferenciada. Su dramático poema "Aquí estamos" así lo confirma.

También el poema "Pablo de todos" que en su estrofa inicial dice: "Aquí estamos Pablo/ sosteniendo con tu voz/ el territorio/ y/ sus manzanas./ Los corales de tus versos nos alumbran/ Neruda/ de la lluvia y de los pájaros".

No es otro el oficio de los poetas que sostener el territorio cuando todo se desintegra. Hace poco leímos una crónica del notable escritor peruano Mario Vargas Llosa, en la cual afirmaba que en los hechos pragmáticos y políticos no podíamos guiarnos por los artistas que llevan a la locura y al desastre. En esto coincide Vargas Llosa con San Agustín y su "Ciudad de Dios" y se explica el caso porque los peruanos, en su mayoría, han sido formados en severas disciplinas religiosas. Pero nosotros pensamos en la "Comedia Humana" de Honorato de Balzac que anticipa la Europa del

futuro y en Walt Whitman, el perseguido de Boston por sus "Hojas de Hierba", que sólo busca la fraternidad democrática de los hombres y en las visiones de Baldomero Lillo en nuestras minas de carbón que se imponen al habitante de la superficie más que cualquier tablero electrónico.

Loor y gloria a Inés Moreno, la artista, la poetisa, la intérprete de su propia estrofa y aquí enmudece mi palabra de demonio desafinado, de admirador ferviente, para dar paso a la eufonía de su verbo. Para decir con ella: "Los pájaros se atreven a cantar en la niebla".